

Pipo y Pepo
dos pequeÑos exploradores

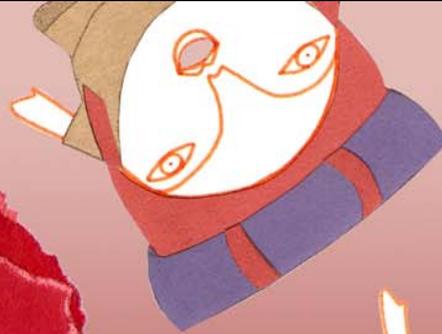


Ilustraciones: Cristina Vadillo
Apoyo Gráfico: Maria del Mar del Campo

Había una vez dos pequeños y redondos exploradores que vivían en una acogedora y confortable cabaña; se llamaban Pipo y Pepo. Eran tan pequeños como una pelota de ping-pong y lo que más les divertía era rodar y rodar hasta alcanzar velocidades de vértigo.

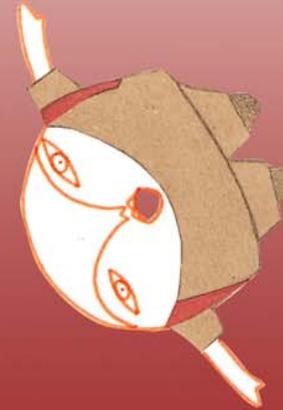


Cada mañana, se colocaban sus mochilas de exploradores a la espalda y salían con la intención de descubrir nuevos lugares. Para elegir la dirección que iban a tomar cerraban los ojos, se abrazaban fuertemente, daban varias vueltas como si fueran una peonza y se dirigían hacia allí donde les llevaba su impulso.



Así, un buen día, casi sin darse cuenta, se vieron descendiendo a toda velocidad por la pendiente más pronunciada que jamás habían imaginado. La emoción y el vértigo que estaban experimentando era mayor que si se hubieran montado en la más alta de las montañas rusas.

La pendiente se introducía en un túnel, y mientras Pipo continuaba emocionado pensando que ese túnel les llevaría a territorios inexplorados, Pepo temía la oscuridad y deseaba parar. Aún así, siguió a su compañero, de modo que siguieron rodando y descendiendo por el túnel sin darse cuenta de que cada vez era más estrecho, y de que poco a poco, estaban quedándose atrapados en un callejón sin salida. Cuando intentaron remontar esa especie de tobogán gigante ya era demasiado tarde.



Tardaron unos minutos en darse cuenta de su situación hasta que finalmente, Pipo exclamó:

- ¡No podemos avanzar ni retroceder!

- Me temo que estamos atrapados - le respondió Pepo.

Después de pensar un buen rato en lo que podían hacer, a Pipo se le ocurrió algo:

- Tendremos que utilizar las herramientas que llevamos en las mochilas para las situaciones de emergencia.

- Buena idea - contestó Pepo.

De modo que sacaron un pico y una pala cada uno y se pusieron a picar. ¡Pica-pica!, sonaba un pico. ¡Clic-clic!, sonaba el otro. Y así estaban, dando bien fuerte en la pared cuando empezaron a oír, no sabían muy bien de dónde, unos gritos de dolor. Pegaron bien las orejas a la pared del túnel y pudieron escuchar: "Mamá, mamá, me duele la tripa. Siento pinchazos."

Los exploradores se miraron extrañados y como no oyeron nada más, siguieron picando. Primero flojo, y luego con todas sus fuerzas, hasta que volvieron a escuchar: "Ay, Ay, Ay, que dolor. Alguien está pinchando mi tripita".

Pipo y Pepo se dieron cuenta de que los gritos que escuchaban estaban provocados por los golpes que daban con sus picos.

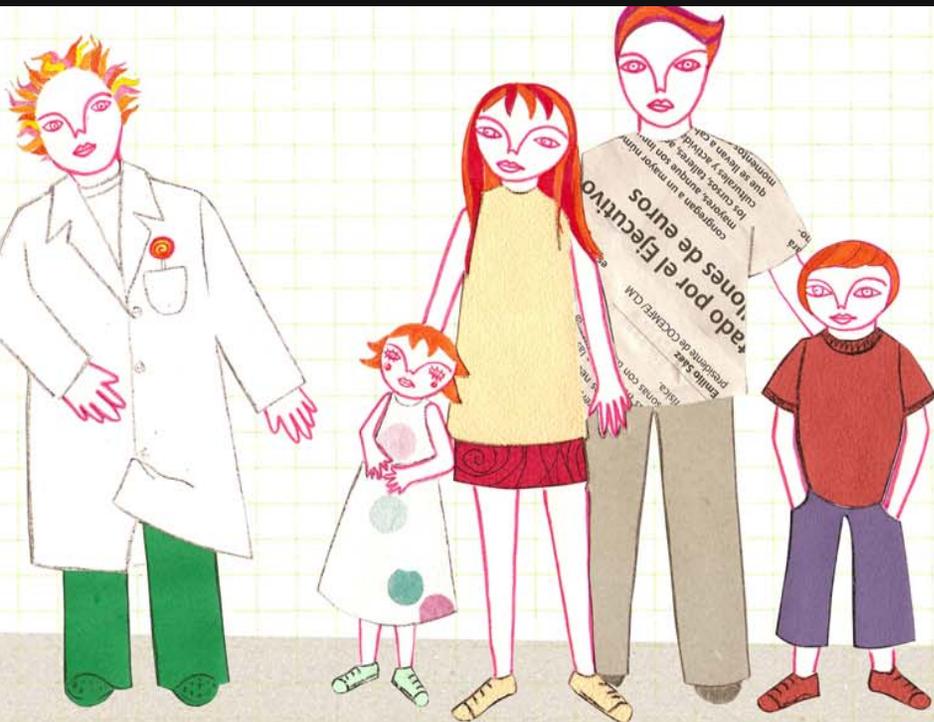
- ¿Quién grita ahí fuera? - preguntó extrañado Pepo.

- No lo sé - contestó Pipo, pero tendremos que dejar de picar si no queremos seguir haciéndole daño.



¿Qué estaba ocurriendo al otro lado del túnel? Pues lo que pasaba era que una pequeña niña llamada Marta había empezado a sentir pinchazos en su tripa, cada vez más dolorosos por lo que empezó a gritar llamando a sus padres. Aunque Marta no lo sabía, jera en su interior dónde vivían y habían quedado atrapados estos pequeños exploradores! Por otro lado, ¡los exploradores tampoco sabían que vivían dentro del cuerpo de una niña! Tampoco los padres de Marta ni el travieso de su hermano Álvaro sospechaban de la existencia de estos curiosos individuos.





Cuando Julia y Manu oyeron gritar a su hija, acudieron corriendo y como no sabían lo que le ocurría, decidieron llevarla al hospital. Cuando entraron en la consulta del doctor, Marta y Álvaro no dejaban de mirarle fijamente. Tenía el pelo revuelto, guiñaba un ojo de vez en cuando, y hacía muecas al hablar. Todo esto le daba un aire despistado que atraía y hacía sonreír a los dos niños.

Los padres de Marta explicaron atropelladamente lo que había sucedido. Cuando el doctor con aire despistado se levantó para poder examinar a Marta tropezó con la pata de la mesa y miró hacia los niños sonriéndoles como para disculparse de su torpeza. Los dos niños se lanzaron miradas cómplices y tuvieron que hacer esfuerzos para aguantar la risa.

- Vamos a ver- comenzó el doctor - ¿qué es lo que le pasa a esta niña tan guapa?

- Que tengo pinchazos en la tripa - contestó Marta poniendo carita de pena.

El doctor exploró su tripa y realizó algunas pruebas a Marta. Después de estudiar los datos que tenía en sus manos explicó a Julia y a Manu que había llegado a la conclusión de que su hija tenía en su interior nada más y nada menos que dos pequeños, redondos e inquietos exploradores.

Ante esta noticia Julia y Manu abrieron los ojos y la boca de tal forma que pusieron la mayor cara de asombro de toda su vida. Les costaba creer lo que aquel doctor con pinta de científico chiflado les estaba contando. Cuando fueron capaces de decir algo, le preguntaron:

- ¿Cómo es posible que nuestra hija tenga dentro dos pequeños exploradores?

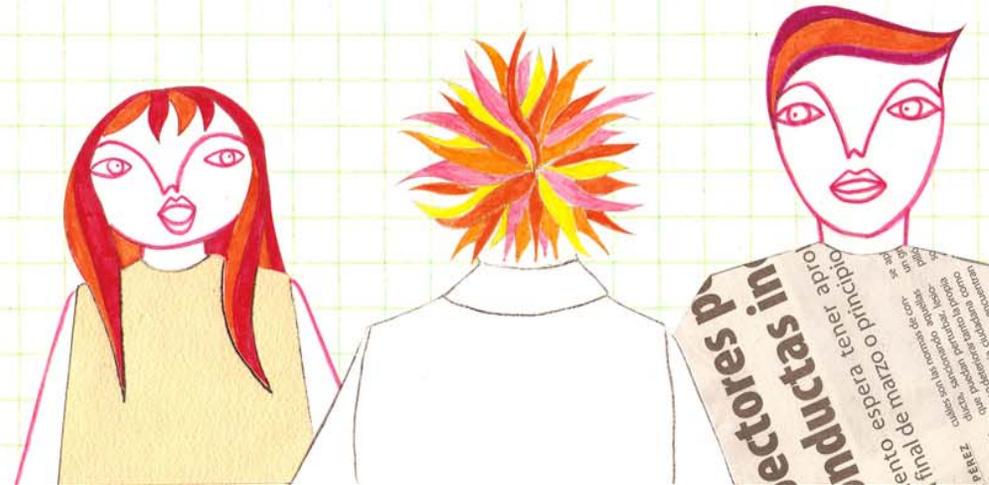
- Aunque parezca increíble, a veces suceden cosas como estas - les contestó el doctor tranquilo y serio.

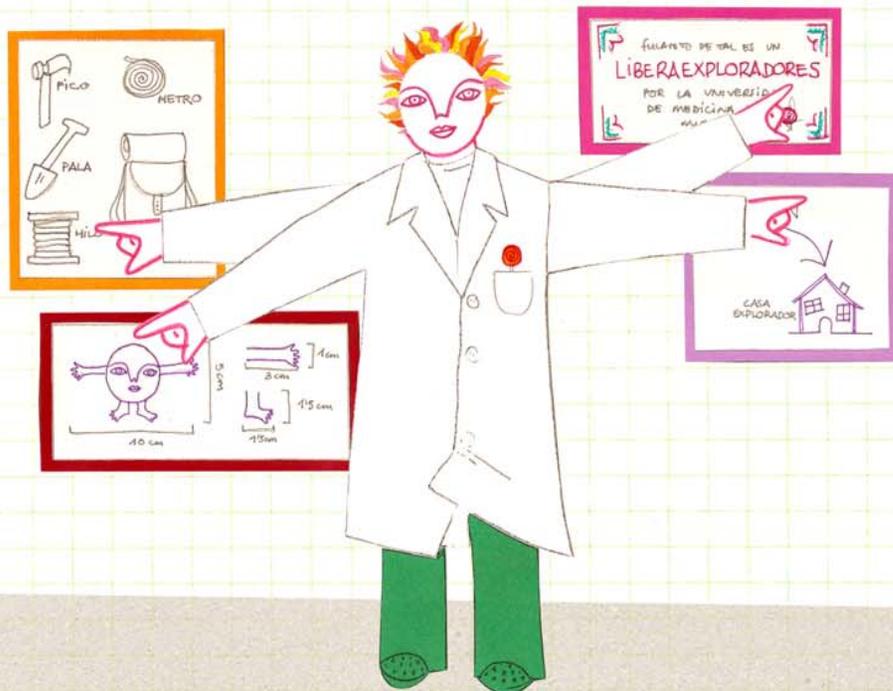
- ¿Puede suponer algún peligro para nuestra hija? - preguntaron Julia y Manu al doctor.

- Tranquilos, estos exploradores suelen ser de naturaleza pacífica, contestó el doctor mientras seguía el vuelo de una mosca que revoloteaba sobre sus papeles. No obstante, añadió, si continúan atrapados podrían llegar a enfadarse e intentar salir por la fuerza.

- Entonces, ¿cuál es la mejor forma de actuar respecto a este tipo de exploradores? - preguntó Julia.

- Lo que les aconsejo es devolverlos a su cabaña en el interior de Marta lo antes posible - afirmó el doctor.





- Ya, pero, ¿qué demonios va a hacer nuestra hija con dos exploradores dentro? - preguntó Manu algo alterado, pues empezaba a ponerse nervioso con la actitud del doctor y sus explicaciones increíbles.

- Bueno - contestó el doctor - estos exploradores pueden ser muy útiles puesto que llevan en sus mochilas una serie de herramientas muy valiosas para que Marta crezca sana y feliz, y siempre estaremos a tiempo de liberarlos cuando ella se haga mayor.

- Ah, ¿sí? - continuó el papá de Marta todavía algo airado - ¿y cómo demonios vamos a devolver a esos minúsculos exploradores, que ni siquiera podemos ver a su dichosa cabaña?

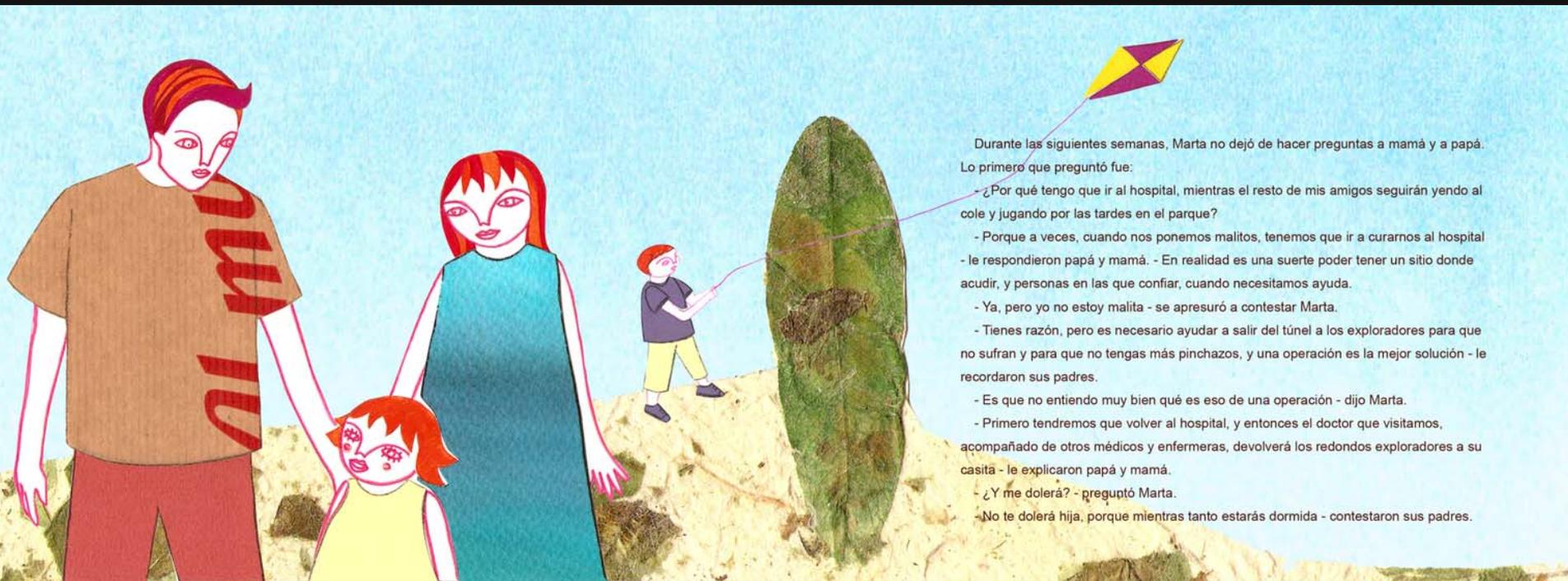
- ¡Ahaaa!, ¡Mmmmm! - exclamó el doctor, haciéndose el interesante con una sonrisilla en los labios y ojos chispeantes. - ¡Para eso han venido ustedes a visitar al doctor "Liberaexploradores"! Junto con mis colegas, realizaré una operación, y en un periquete los exploradores estarán en su casa de nuevo y ya no protestarán más.

Julia y Manuel después de escuchar muy atentos la explicación del doctor se levantaron y se fueron a casa con sus caras de asombro puestas. Ellos, hasta ese momento, ni se imaginaban que pudieran ocurrir tales peripecias dentro del vientre de su querida hija Marta.

Mientras el papá y la mamá de Marta reflexionaban sobre lo que habían escuchado, los otros protagonistas de nuestra historia continuaban en el túnel.

Durante la visita al doctor los dos exploradores habían estado todo el tiempo con la oreja pegada a las paredes del túnel, para ver de que podían enterarse. Sólo pudieron captar algunas palabras sueltas, pero suficientes como para saber que estaban hablando de ellos. Como las últimas horas habían sido agotadoras se tumbaron para descansar un poco, y pensaron que tenían provisiones suficientes como para aguantar una temporada en el túnel, si es que era necesario.





Durante las siguientes semanas, Marta no dejó de hacer preguntas a mamá y a papá. Lo primero que preguntó fue:

- ¿Por qué tengo que ir al hospital, mientras el resto de mis amigos seguirán yendo al cole y jugando por las tardes en el parque?
- Porque a veces, cuando nos ponemos malitos, tenemos que ir a curarnos al hospital - le respondieron papá y mamá. - En realidad es una suerte poder tener un sitio donde acudir, y personas en las que confiar, cuando necesitamos ayuda.
- Ya, pero yo no estoy malita - se apresuró a contestar Marta.
- Tienes razón, pero es necesario ayudar a salir del túnel a los exploradores para que no sufran y para que no tengas más pinchazos, y una operación es la mejor solución - le recordaron sus padres.
- Es que no entiendo muy bien qué es eso de una operación - dijo Marta.
- Primero tendremos que volver al hospital, y entonces el doctor que visitamos, acompañado de otros médicos y enfermeras, devolverá los redondos exploradores a su casita - le explicaron papá y mamá.
- ¿Y me dolerá? - preguntó Marta.
- No te dolerá hija, porque mientras tanto estarás dormida - contestaron sus padres.

Pero Marta estaba algo enfurruñada.

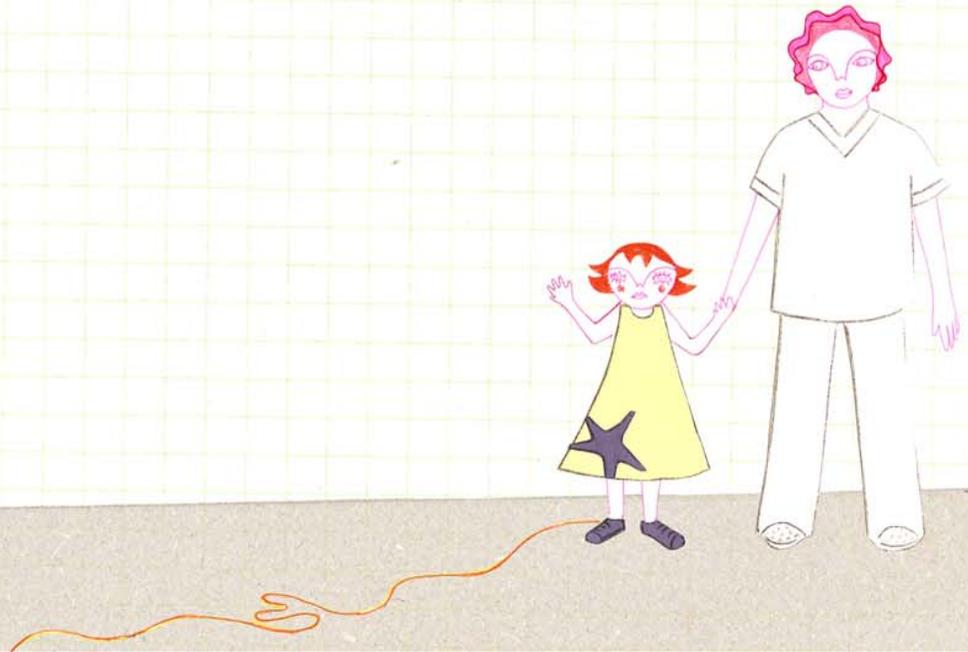
- Pues no quiero tener dos exploradores - dijo la niña. - Vaya una tontería. Seguro que nadie de mi clase los tiene, ¿por qué yo sí?.

- Es algo que forma parte de ti, como el color de tus ojos, o de tu cabello - le explicaron papá y mamá. - Además, si que hay otros niños que también conviven con pequeños exploradores y un día a lo mejor podrás conocerlos y hacerte su amiga.

Marta se quedó pensativa. Después de esta conversación se le había pasado un poco el enfado y estaba más tranquila al ver que papá y mamá también lo estaban.

Cuando llegó el día de la operación, Marta se sentía sola y un poco asustada por tener que separarse de su familia. Papá y mamá le habían dicho que permanecerían con ella unidos por el pensamiento, que era como estar atados cada uno al extremo de un hilo invisible pero muy, muy fuerte, que nada ni nadie puede romper.

Además, la enfermera Marisol, que era muy simpática, iba a estar cuidando de ella todo el tiempo.



Marta fue con ella hasta una camilla, donde se tumbó. Alrededor veía muchas luces, máquinas, los doctores y las enfermeras con batas verdes, y algunos de ellos con gorros y mascarillas. La enfermera Marisol acompañaba y sonreía a Marta, hasta que casi sin darse cuenta, se quedó dormida.

Mientras Marta dormía, la historia continuaba para los exploradores que seguían en el túnel. Ya se habían acostumbrado a estar allí, habían racionado bien las provisiones, pero aún así estaban terminándose. En algunos momentos, Pipo y Pepo estaban cabizbajos, pensando que no saldrían de ese oscuro lugar. No hablaban mucho entre ellos, y ambos habían notado desde hacía un rato que todo era extrañamente silencioso a su alrededor.



De pronto, vieron un rayo de luz a lo lejos, cada vez más luminoso y de repente, una fuerza enorme, que no sabían de donde venía, les empujó de tal forma que remontaron sin ningún esfuerzo la enorme pendiente que tan alegremente habían descendido tantos días atrás. Para ellos estaba siendo algo mágico. A lo lejos empezaron a ver su casa y los ojos se les llenaron de lágrimas de la emoción.

Cuando por fin estuvieron dentro de su cabaña, se tendieron en sus camitas que tanto habían echado de menos y pudieron dormir a pierna suelta. Cuando despertaron se prometieron el uno al otro que a partir de ese día sólo harían pequeñas excursiones a lugares conocidos y únicamente quizá en un futuro lejano se volverían a aventurar por territorios desconocidos.





Al cabo de un rato, Marta se despertó de la operación y preguntó:

- ¿Ya me han operado?

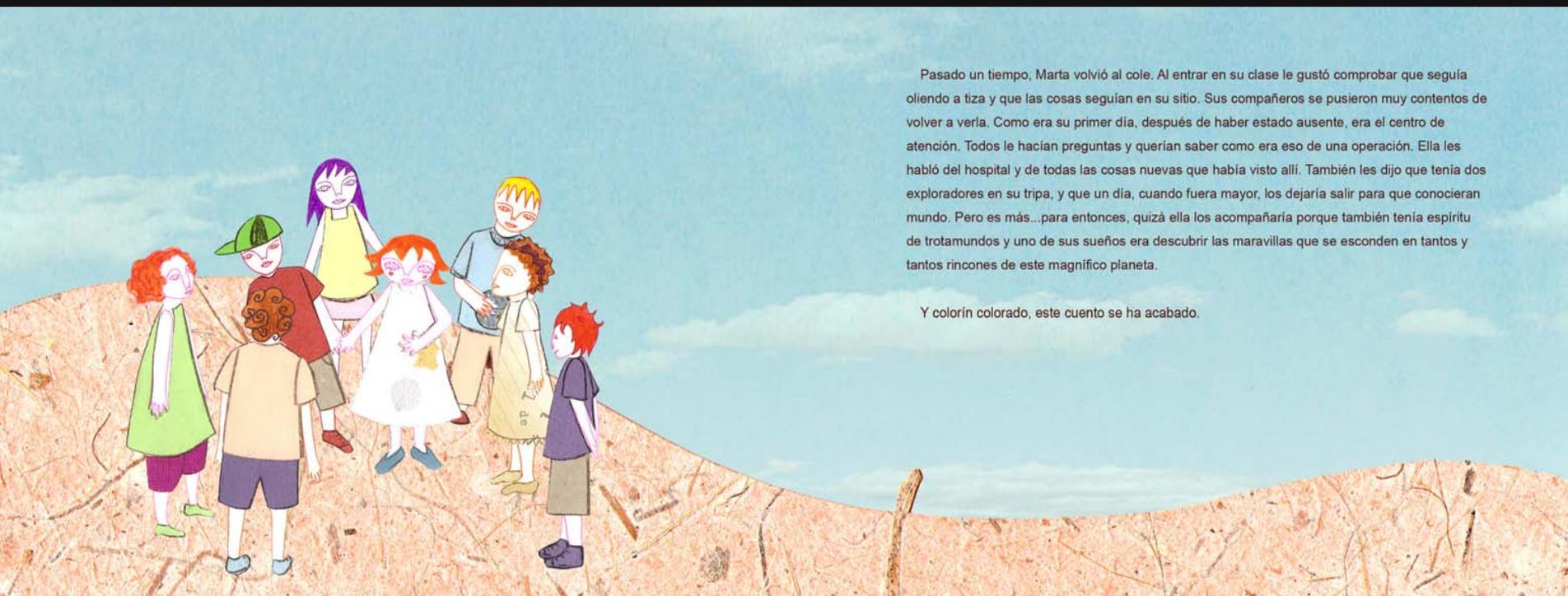
- Si, ya está, duerme tranquila - respondió la enfermera Marisol, que continuaba cuidándola.

La enfermera fue a buscar al papá y la mamá de Marta que junto con su hermano vinieron hasta su cama. Los tres la besaron y la abrazaron. Estaban muy contentos de verla y ella les contó lo que recordaba de sus idas y venidas por el hospital.

Unos días más tarde volvieron a casa y en una ocasión que Marta fue a hacer pipi se dio cuenta de que tenía dos cicatrices con algunos puntos y la piel le tiraba. Preguntó qué era eso. Papá y mamá le contestaron que mientras dormía, los doctores habían hecho un agujerito justo donde ahora están esas cicatrices para devolver a los pequeños exploradores a su cabaña. Allí vivirían a gusto mientras Marta crecía. En una semana le quitarían los puntos, pero las dos pequeñas cicatrices permanecerían.

- Y cuando me quiten los puntos, ¿podré volver a jugar con mis amigos? - Preguntó Marta.
- ¡Claro que sí!, cuando te recuperes podrás jugar con ellos- respondieron papá y mamá.
- ¿Y podré correr y saltar?
- ¡Claro que podrás!
- ¿Y podré montar en bicicleta?
- ¡Pues claro!
- ¿Y podré bañarme y nadar?
- ¡Por supuesto que podrás!
- ¿Y podré columpiarme?
- Pues claro hija- respondieron divertidos - ¡claro que podrás!





Pasado un tiempo, Marta volvió al cole. Al entrar en su clase le gustó comprobar que seguía oliendo a tiza y que las cosas seguían en su sitio. Sus compañeros se pusieron muy contentos de volver a verla. Como era su primer día, después de haber estado ausente, era el centro de atención. Todos le hacían preguntas y querían saber como era eso de una operación. Ella les habló del hospital y de todas las cosas nuevas que había visto allí. También les dijo que tenía dos exploradores en su tripa, y que un día, cuando fuera mayor, los dejaría salir para que conocieran mundo. Pero es más...para entonces, quizá ella los acompañaría porque también tenía espíritu de trotamundos y uno de sus sueños era descubrir las maravillas que se esconden en tantos y tantos rincones de este magnífico planeta.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.